

entró en este liceo para recibir su educacion, y como sus directores enseñaban sin rebozo principios contrarios á la fe de la iglesia nacional, el clero elevó sus quejas al gobierno, quien ninguna cosa entónces resolvió. Nada satisfecho aquel de esta falta de celo con que se permitia semejante propaganda, inspiró aquellos ataques contra el establecimiento del Sr King. En este todos los alumnos contribuyen con una fuerte pensión, de tal modo que los individuos que carecen de fortuna no tienen tampoco medios para recibir en él ningún género de enseñanza. Esta es la única obra del protestantismo en la Grecia: no he visto á alguno de sus misioneros alejarse de las grandes poblaciones para marchar á pié buscando los cristianos descarriados, ni ménos atravesando descalzos provincias enteras, á trueque de ganar para Dios las almas de los prójimos. Estas misiones se reducen á derramar entre los jóvenes la semilla de la insubordinacion que entraña el protestantismo de Norte-América, á inspirar el orgullo que acompaña á las ideas de la superioridad del propio juicio, y á la vez á reunir las ganancias que deja un número crecido de discípulos, que pagan á peso de oro las lecciones que reciben. Sus efectos por lo mismo no son maravillosos; y si tanto asustaron á los popes de Aténas, fué porque á estos eran enteramente desconocidas las empresas de tales misioneros. La juventud griega sin instruccion alguna religiosa pierde su fe, es verdad; y á los popes se les arrebató todo el prestigio de que gozan entre sus creyentes. Mas esto tarde ó temprano debia suceder. « Un error es vencido muchas veces por otro error, hasta que la verdad, triunfando, entra á ocupar el lugar que le pertenece, » decia el gran Bossuet.




---

## CAPÍTULO VII.

El mar Negro. — Ojeada sobre el estado de la Iglesia armenia. — Competencias entre el patriarca de Etchmiatzine y el zar. — Extension del cisma. — Supersticiones paganas. — ¿Existe unidad entre los Griegos y los Armenios disidentes? — Vestigios de las misiones occidentales en Armenia. — Melquitar y su apostolado. — Los melquitaristas y sus trabajos. — Misiones católicas de Armenia y sus rasgos heróicos. — Divisiones lamentables. — La voz de la Iglesia. — El patriarca armenio católico. — Scútari. — Un monumento. — Observacion. — Las ruinas de Calcedonia.

Las vastas regiones del Asia que bañan las aguas del mar Negro, llenas de recuerdos de los primeros siglos del linaje humano, lo están tambien de los que dejaron estampados el celo y la paciencia de los apóstoles del cristianismo en seis siglos de predicacion y de martirio. Los bellos campos regados por las corrientes de diversos rios donde algunos creyeron ver el Eden, cuna del primer hombre; y las verdes montañas donde la mano de Dios hizo descansar el Arca de la Alianza despues de atravesar todas las regiones de la tierra sobre las aguas del diluvio universal, no son mas hermosas que los rasgos de celo y de paciencia con que el inmortal Gregorio Iluminator ennobleció los valles de Artajax y la cumbre del Ararat, ni mas memorables que los documentos imperecederos de profunda sabiduría que en tantos libros legaron á los pueblos de Oriente Narces, Isaac, Jacobo y los demas Padres de la Iglesia armenia. Nosotros mismos no podemos hoy recordar aquellos hechos, ni leer estas obras sino conmovidos, ya por la grandeza de alma que mostró el pri-

mero en las duras pruebas á que fué sometida su fortaleza, y ya por la clarísima luz que brilla en los escritos de los segundos. El cristianismo, que triunfó llevando en su vanguardia á estos hombres de memoria imperecedera, conservó sin mengua su esplendor en las vastas regiones de la Armenia, mientras fiel esta á la unidad católica miró los documentos religiosos que le dieron sus ilustres padres como única regla para explicar el símbolo de fe que enseñaron Jesucristo y sus Apóstoles. Mas luego que la ambición de poder, apoyada por la ignorancia y por los vicios, echaron raíces en aquella tierra que tanto sudor costara á los Apóstoles adquirir para la Iglesia, el cisma con todas sus lamentables consecuencias la redujeron al estado tristísimo en que la vemos postrada hace tantos siglos.

Con la muerte de Isaac el Grande concluyó la serie de sus santos patriarcas, y principió la de males infinitos que lamenta. Dividida políticamente, invadida por conquistadores poderosos, y presa de diferentes señores, dejaba de obedecer un amo para ir á besar las cadenas de otro. Any, tan celebre por sus bellos palacios, Ardachad, residencia de sus reyes, Van, fundada por Semíramis, Edesa, corte del primer rey cristiano, y Erivan, famosa por sus fortalezas, han ido desapareciendo como por encanto: el viajero no encuentra de ellas mas que escombros, y á los nietos de los que las habitaron corriendo de un lugar á otro, obedeciendo la voz de amos altaneros. « Dispierta, Jeremías, dispierta, grita el gran historiador de Armenia, para contar estos males que sufrimos y predecir los infinitos que nos esperan todavía. »

Bien que jamas la Iglesia armenia cismática pudo ostentar ese signo glorioso de la unidad que lleva en su frente la obra de Dios como garantía de su divinidad, sus divisiones no obstante, multiplicándose cada vez mas, hacen tambien mas perceptibles los males que la trabajan, preparando su perpetua muerte. Segun lo observado por nosotros mismos y los datos que hemos adquirido, los Armenios separados del seno

del catolicismo son regidos por patriarcas residentes en Etchmiatzine, Constantinopla y Jerusalem. Los dos últimos son nombrados por el sultan, y el primero, que pretende los honores de primado sobre todos sus cólegas en el episcopado, lo es por el clero y por los fieles, que tienen derecho de elegir segun los usos de aquella Iglesia. Dueños los Rusos de una parte de la grande Armenia, Etchmiatzine quedó bajo el poder del zar, quien desde luego pretendió obligar al patriarca á someterse á la obediencia del sínodo moscovita; mas el constante rechazo recibido por el monarca dió á conocer mas bien la naturaleza de la unidad que existe entre todas las comuniones que comprende en su seno el cisma oriental. « Yo no reconozco, decia el patriarca Narces (1) al zar Nicolas, otro sínodo que el de mi nacion, y no es el de San Petersburgo sino el armenio, ni los usos ni la disciplina de la Iglesia rusa son los nuestros; y en orden á las demas cosas pertenecientes á la religion, existen tambien notables diferencias entre nosotros y aquellos. » Urgido á pesar de todo esto para cumplir la voluntad del autócrata, él se expatrió, y fijó su residencia en los dominios de la Puerta Otomana, sin haber vuelto á entrar en Etchmiatzine hasta tener garantías suficientes de su completa independencia del santo sínodo.

Como la nacion armenia se encuentra diseminada por todos los países del Levante, los patriarcas en todos estos instituyen obispos tomados de entre los monjes de su nacion. Por lo general son los monjes armenios mas instruidos que los griegos; mas forzados los superiores á recibir á falta de otros en el seno de sus comunidades una multitud de personas que buscan en el claustro un medio para llegar algun dia á las dignidades de la Iglesia, ni son mas religiosos ni mas desprendidos que aquellos. Fuertes contribuciones que pesan sobre los monasterios y sobre las parroquias lucrati-

(1) En 1828.

vas fomentan el lujo que distingue á los patriarcas y á las grandes dignidades de la Iglesia armenia en todas partes. La Georgia, la grande y la pequeña Armenia y el Kurdistan son los puntos principales en que está arraigado el cisma, ó hablando con mas propiedad, en donde mil supersticiones condenadas por el cristianismo viven protegidas y autorizadas por los que se llaman sus ministros. Entristece verdaderamente la consideracion de que pueblos ilustrados ántes por pastores tan celosos y sabios tan profundos como los de Armenia, hayan podido caer en un estado tal de ignorancia y de supersticion como aquel en que hoy les vemos postrados. Los errores de Eutiques, de Nestorio y del monje Jacobo vician la doctrina de estos cristianos, tenidos por herejes aun por los mismos cismáticos sucesores de Focio. Ademas los sacrificios de animales, los adivinos y la abstinencia de comidas que la supersticion estima como inmundas, están allí autorizadas por los obispos: en vano la voz del gran Narces, consignada en sus obras luminosas, se alza enérgica contra estos usos, resto abominable de las costumbres paganas; entre sus sucesores esa voz pasará inapercibida, de los sacerdotes ninguno irá á beber en ellas la doctrina pura del cristianismo, y entre los simples fieles ni su nombre será casi conocido. Ningun varon apostólico sale del recinto de sus claustros para combatir aquellos vicios, ningun obispo celoso sube á su cátedra para derramar luces sobre el pueblo, ni ningun sabio eminente declama en los círculos de su alta sociedad contra tantos males que la postran: silencio, desolacion y ruina, ved ahí lo único que se encuentra en estos países que parecen oprimidos por la maldicion de Dios.

Lo expuesto da mérito bastante para conocer que no existe unidad entre la Iglesia armenia y la griega, sino que ambas forman cuerpos distintos, separados por doctrinas diferentes; por usos diferentes y por disciplina tambien diferente. En vano un escritor griego se esfuerza por probar que los

obispos de Armenia, « aunque independientes del patriarca de Constantinopla, viven unidos á él espiritualmente, y su primado, que llevó ántes el nombre de *cathólicos*, está hoy sometido al sínodo de Rusia: » esta es una paradoja desmentida por los hechos y por la naturaleza misma de los sugetos á que se refiere. Los vanos esfuerzos del zar para someter al obispo de Etchmiatzine y la guerra constante que se hacen una á otra todas estas comuniones cismáticas que se estiman mutuamente como herejes, significan mas que juntas todas las bellas palabras de los que escriben distantes de los sucesos. No debemos olvidar á este respecto que ningun obispo armenio figura en los sínodos de las Iglesias griegas del Oriente, ni ménos entre los que forman el rol de las dignidades que reconoce el sínodo moscovita. El hecho verdadero es que los tres patriarcas de la Iglesia armenia cismática son absolutamente independientes de todo poder eclesiástico, que entre ellos mismos existe apenas comunicacion para darse noticia de los individuos elevados por el clero á la dignidad episcopal, y que han rehusado y rehusan abiertamente suscribir cualquier acto que parezca atentar, aun cuando sea remotamente, esa exagerada independendencia, verdadero origen del cisma de Oriente.

Pero es bello y consuela ciertamente encontrar, en medio del estado deplorable á que las divisiones condujeron la desgraciada Armenia, frescos todavía los vestigios de la mision católica, empeñada en levantar de su caída estos hermosos países, resucitando la fe y las virtudes muertas en el espíritu de sus desgraciados habitantes. La Compañía de Jesus trabajó con fervor en la Armenia Menor, y contó numerosos establecimientos para su instruccion en los principios religiosos y sociales. Extinguidos los Jesuitas por Clemente XIV, este dió á los Capuchinos las misiones de aquellos, que hasta hoy conservan en las montañas de Georgia, pertenecientes al sultan, y en Trebisonda. La grande Armenia fué á la vez teatro del celo y de la constancia de los PP. Predicadores,

que tuvieron allí sus iglesias y conventos hasta la división total del reino entre la Persia, la Rusia y la Puerta Otomana. Arrojadados sucesivamente, como todos los otros Europeos, de un lugar á otro lugar, prófugos, errantes de país en país y de provincia en provincia, no conservan hasta hoy sino los lugares mas inmediatos á la Caldea, donde tienen sus hospicios, escuelas y misiones. Empero entre los monjes indígenas existen todavía congregaciones que mantienen intactas la doctrina y las tradiciones católicas, y fueron en todo tiempo esforzados auxiliares de los celosos apóstoles venidos de Occidente.

La Europa y el Asia conocen el apostolado de Melquitar, y la obra debida á sus trabajos evangélicos ha llenado de gloria al catolicismo en nuestros dias. Él no era sin embargo mas que un humilde religioso salido de un monasterio católico de Sebaste de Armenia (1), y que desempeñó el profesorado en otro de Pasene. Él recorrió toda la Armenia predicando la unidad, organizó en Constantinopla su sociedad melquitarista; perseguido por los cismáticos, vino á refugiarse en la Morea, y vejado allí nuevamente por los Turcos, arribó á Venecia, donde en la isla de S. Lázaro realizó completamente los vastos proyectos de su asociacion católica, para trabajar por la conversion é ilustracion de los Armenios. Considerada atentamente la mision de Melquitar, se ven en ella ciertos rasgos providenciales que hacen esperar grandes cosas del sugeto en quien aparecieron. El Pontífice aprobó su mision, y erigió en comunidad religiosa su asociacion, la república de Venecia protegió ardientemente su celo, y los hombres poderosos de la nacion armenia le concedieron recursos para llevar adelante su atrevida empresa de traer á la unidad todos sus compatriotas. La congregacion melquitarista, compuesta exclusivamente de Armenios, tiene conventos en Iliria, Hungria y Transil-

(1) Llamado de la Santa Cruz. Regla de S. Antonio Abad.

vania, y ademas colegios en Viena, Padua, Paris y Constantinopla, donde reciben educacion mas de dos mil jóvenes de la misma nacion. ¿Qué no podrá esperar la unidad católica de todos esos bellísimos planteles? Los sucesos ya lo dicen: en todas partes donde los Armenios son numerosos, se deja notar la marcha progresiva del catolicismo; la ilustracion que los jóvenes reciben en aquellos establecimientos principia á derramarse en los pueblos de las dos Armenias, las costumbres se presentan mas morigeradas, especialmente en la clase alta de la sociedad, y en cada uno de sus individuos se dispierta el deseo de instruccion, que es la fuente inagotable de los remedios que necesita un pueblo sumido en la ignorancia mas profunda. «El catolicismo sobre todo, dice un escritor ilustrado, renace con nuevo esplendor en estos países, donde Dios permitió estuviese temporalmente escondido para cumplir los juicios impenetrables de su divina providencia. Los sucesos que hemos presenciado llenan el alma de esperanzas y de consuelos. La fuerza intrínseca que pierden el islamismo y las sectas cristianas en estado de decrepitud pasa entera á robustecer el cuerpo de la Iglesia católica, y se muestra á la vez sobre muchos puntos con tal vigor, vida y unidad que son propios de la verdad que ella posee (1).»

No se ha descuidado la Iglesia en auxiliar con oportunas providencias estos felices resultados del celo de sus operarios. Un obispo del rito armenio con residencia en Constantinopla y cinco nuevas diócesis sometidas al patriarcado se han erigido desde el año 1850 hasta el de 54, nuevos seminarios se han abierto para la educacion de su juventud en Constantinopla y en Alepo, y nuevos esfuerzos se hacen todavía para introducir en las provincias mas interiores y lejanas las mismas luces y los mismos recursos que se proporcionan en aquellos puntos mas en contacto con los países

(1) *Correspondance et Mémoires d'Orient*, t. I. (M. E. Boré.)

civilizados de la Europa. Bien lo manifiestan las misiones de la Mesopotamia y Caldea establecidas por los Dominicanos, Jesuitas y Capuchinos, cuyas *Memorias* nadie podrá leer sin sentirse vivamente conmovido. En aquellos países lejanos y bajo un clima mortífero para los Europeos, allá los verdaderos apóstoles de la Cruz van á predicar la unidad que rescata á los hombres de la muerte, llevando la luz que les da vida. De los primeros solo en el año de 1849 diez fueron víctimas de la fiebre que asoló el interior de la grande Armenia, incluso el arzobispo de Nínive Illmo. Mischiay, delegado de la Santa Sede. Tres años despues encontré en Siria á uno de los que habian sobrevivido á la epidemia, y volvía de Europa buscando á Nínive, entre cuyas ruinas tenia su residencia. « ¡ Pero V. morirá, sin duda, le dije, como murieron poco há todos sus compañeros ! — Puede ser, me respondió con sangre fria; pero en mi lugar vivirán otros que continuarán la obra que allí tenemos principiada, y no podrá concluirse sino con el sacrificio de algunos. Morir llenando su puesto, es alcanzar vida eterna... » Llevaba consigo algunos compañeros reunidos voluntariamente en Génova y Florencia, y aceptados por la Propaganda para aquella penosísima mision. Casi todos eran jóvenes y tenian concluida con lucimiento la carrera de sus estudios para el profesorado: el deseo de perfeccionar otra ciencia mas sublime les traía á los países interiores del Asia, y á vivir entre gentes rudas y sin disciplina; era esta la ciencia que se estudia en el gran libro del Evangelio, que aconseja al cristiano dar la vida por su prójimo. ¡ Cuántos de ellos habrán ya perfeccionado su sacrificio ! ¡ Cuántos ceñirán la corona debida á su heroica caridad !... Igual cosa sucedía á los Jesuitas al mismo tiempo, muriendo el primero un religioso polaco que llevaba hechos cinco viajes desde Alemania hasta Kurdia, sin otro negocio que el establecimiento de las misiones de la Armenia. Los Capuchinos españoles han establecido en Orfa el centro de su predicación, y entre los triunfos que reportó su

celo sobre el cisma y la herejía, no son los menores las retractaciones hechas por el arzobispo de Orfa, por el obispo de Mardin y por otras dignidades eclesiásticas de diversas comuniones que encierra la Iglesia cismática.

Estos brillantes progresos debian sufrir la prueba que son llamadas ordinariamente á soportar las obras de Dios. Contradicciones, desavenencias, controversias acaloradas sobre puntos difíciles de rito y de disciplina, suscitadas en el seno de estas nuevas conquistas de la unidad católica, amenazaron sumirla de nuevo en la oscuridad del cisma. El enemigo de la verdad esparció la simiente de la discordia en el seno del catolicismo armenio, dividido en dos partidos, de los cuales el uno se dijo defensor de las costumbres y de los ritos de sus mayores, y el otro pedía las variaciones y las reformas que pareciesen convenientes segun las actuales circunstancias de la Iglesia. Numerosos escritos salidos de las imprentas de Venecia, de Constantinopla y de Trieste, y sociedades organizadas de propósito para sostener los que erróneamente se llamaban *derechos nacionales*, dieron pábulo á la desunion, colocando un gran número de católicos á los bordes del abismo, cuando una voz augusta se levanta desde el Vaticano, y cual faro luminoso ilustra las conciencias extraviadas de los unos, reprime el celo excesivo de los otros, y amonesta á todos obrar de acuerdo con la humildad y la prudencia. « Amamos de todo corazon á los Armenios, decía el inmortal Pio IX, y por eso les rogamos y les exhortamos á unirse mas estrechamente con los vínculos de la concordia y de la caridad, á marchar unidos íntimamente en el camino de la perfeccion, conservando con la mas escrupulosa solicitud la unidad de espíritu que tan encarecidamente nos encarga Jesucristo, fundador de nuestra fe. Una experiencia harto triste ha mostrado á los Armenios qué suerte de calamidades no acarreó la division de los espíritus á su esclarecida patria, que en el seno de la unidad fué siempre feliz... Contad ahora esos males uno á uno, si po-

deis, y medita la voz del divino Oráculo: *Todo reino dividido se arruinará.* Que nada sea en lo sucesivo para vosotros tan precioso como la unidad, mantener un solo corazón y la conservación de la paz.» Esta voz paternal produjo todos sus efectos saludables, y la armonía volvió á reinar en el seno de los católicos armenios. Mucho realce da á la caridad evangélica del Príncipe de los pastores la tierna solicitud que muestra su lenguaje paternal. La palabra del Hijo de Dios, manso y humilde de corazón, jamás se ve representada tan bien como cuando rebosa la misericordia y la dulzura en la boca de aquellos que serán los órganos por que ha de hablar hasta la consumación de los siglos. Los triunfos más brillantes de la Iglesia de Cristo son todos obtenidos con las armas de la paciencia y de la caridad.

El patriarca armenio católico, que la historia llama de Cilicia, reside hoy en Bonsmar del monte Líbano, donde dirige un seminario para educar al clero de su nación. Y á la verdad, conociendo él mejor que los Occidentales los resortes preferentes para llamar á sus connacionales al sendero de que les tiene separados el cisma, creemos que ha de ser también él quien obrará principalmente la regeneración de aquellos pueblos numerosísimos. El número de católicos en Armenia se estima hoy en cien mil individuos.

Siguiendo por el Asia Menor encontraba por todas partes ese espectáculo que ofrecen por un lado el fanatismo de los cismáticos, y por otro la barbarie de los Turcos. En Scútari ví á los Armenios danzar, comer y beber sobre sus cementerios, como pudieran hacerlo en un salón destinado para el efecto, mientras que los mahometanos honraban de la misma manera á sus amigos y parientes. Pero la triste impresión que me dejaban estas costumbres del paganismo, practicadas por cristianos en presencia de sus presbíteros, muy pronto fueron substituidas por otras de diversa especie que me produjo un gran monumento levantado en medio del panteón de los mahometanos. Nadie ignora que el

Asia encierra los despojos de las primeras notabilidades de la nación otomana: aunque separada de Constantinopla por el mar, la mayor parte de los ricos creyentes que mueren en Stamboul mandan sean conducidos á Scútari sus despojos mortales, porque: «La Europa, dicen, puede alguna día no pertenecernos, mas del Asia somos propietarios, y nadie vendrá á expulsarnos jamás.» De aquí es que el cementerio de Scútari ocupa una vastísima extensión, llena de sepulcros que se levantan de la tierra sin orden ni simetría alguna, como los árboles de un inmenso bosque no cultivado por la industria del hombre. Muchos de estos monumentos son suntuosos, pero entre todos uno me llamó la atención, y es sin duda el más grande, el más bello y magnífico de cuantos allí ví. No entendiendo su epitafio, escrito en carácter y en idioma árabe, pregunté á mi guía á cuál de los hombres célebres del imperio otomano pertenecía ese suntuoso mausoleo. — «Señor, no es hombre el que reposa allí, me respondió, sino el famoso caballo de Mahmoud II, padre de nuestro soberano actual. — ¿Y el cuerpo de un caballo tiene sepultura entre los creyentes del profeta? — Como el sultán es dueño de honrar á quien el quiera, y es sucesor legítimo de Mahoma, á quien representa, nadie podrá disputarle el derecho de dar sepultura á sus caballos que le sirvieron con fidelidad, ni ningún creyente se considera deshonrado por tener su sepulcro al lado de un fiel servidor del hijo primogénito del profeta.» — Él expresaba efectivamente lo que sentía y lo que, como él, sienten quizá los demás que profesan el Alcorán. Una analogía, sin embargo, séame permitido observar que existe entre la conducta de Mahmoud y la de Federico de Prusia. El cementerio de Postdam, donde están sepultados bajo bellas tumbas de mármol los perros y un caballo de aquel rey filósofo, ¿causa ménos extrañeza que el grandioso monumento levantado en Scútari para depositar los huesos de otro?

Scútari es ciudad santa para los mahometanos, como punto

donde reunidos los devotos que se disponen á emprender la peregrinacion de la Meca, reciben en la mezquita de Muhamed el adios del sultan, quien entrega personalmente á un pachá, nombrado para presidirla, los presentes que su devocion ó su política envia á depositar sobre la tumba del profeta. Hace un siglo que Scútari y Damasco, los dos grandes puntos de reunion señalados á los peregrinos de la Meca, recibian en su seno cincuenta mil hombres, que marchaban llenos de ardor, creyendo ser al fin de su viaje santos, amigos de Dios y herederos legítimos del paraíso. La cinta verde, reservada para decorar el turbante de los que vuelven de la Meca, causaba tal entusiasmo, que pueblos enteros se movian cada año en Asia y África emprendiendo la peregrinacion. Los desiertos de la Arabia quedaban sembrados de cadáveres de hombres y camellos, que perecian á millares sofocados por el calor del estío, por la falta de agua y por la multitud misma de los concurrentes. Pero este fervor se resfria, hasta el extremo que en 1850 apenas veinte mil mahometanos salieron de Scútari y Damasco para ir á visitar la tumba de su profeta.

Un inmenso campamento ocupaba los alrededores de Scútari cuando yo la visitaba, numeros cuarteles se habian dispuesto para recibir una gruesa division del ejército egipcio que acababa de llegar de Alejandría; mas con haber allí mas de veinte mil soldados venidos del Cairo, de Jouah, del Aboukir y de la Nubia, ningun desórden se notaba: yo, como cualquier otro individuo, pude penetrar su campamento y visitarlo sin contradiccion alguna; miéntras tanto una nacion poderosa de la Europa, contra quien se reunian estas fuerzas, una nacion grande, que se dice *cristiana é ilustrada*, no permite á los extranjeros pisar su territorio, sino despues de llenar mil molestos requisitos.

La antigua Calcedonia llamó la atencion de los paganos por los oráculos de Apolo; mil extranjeros venian cada dia para conocer allí su suerte, oyéndola de una voz que juzga-

ban infalible. Cuando el paganismo, obligado por la luz admirable que emana de la Cruz, tuvo que huir para ocultar en el interior de África y en las selvas impenetrables de la América las miserables patrañas con que burlaba la credulidad de los pueblos, Calcedonia vió de nuevo venir hombres de todas partes, para oír las explicaciones que el Espíritu infalible de Dios dió allí sobre ciertos artículos de su fe. Yo marchaba sobre el suelo de Calcedonia; el resto de una muralla y un trozo de columna que resistió en pié mil elementos combinados para derribarlo, ¡ved ahí cuanto existe de esta famosa ciudad! Pero en ese viejo murallon parecíame mirar un símbolo de la constancia impenetrable á los tiros de la herejía, que caracterizó á los sabios que sellaron en su seno la fe católica; y en esa columna el monumento eterno que en sus discusiones levantaron á la única doctrina enseñada por Jesucristo al universo. Calcedonia ha desaparecido, sus basílicas, que ostentaron el esplendor augusto de las asambleas que celebraron reunidos en su recinto los pastores de la Iglesia, no existen; pero su fe existe, y no perecerá jamas.

